

Más allá de las obvias y fáciles consideraciones sociológicas que la anécdota sugiere, lo que asombra en *El peregrino* es un equilibrio logrado a partir de una constante contradicción del personaje consigo mismo y del personaje con su medio. Se trata de un juego de adecuaciones aparentes y de oposiciones íntimas que sólo podía resolverse en la ambivalencia humorística, en la diversidad de puntos de vista que dan al film su riqueza. Quiere esto decir que Chaplin no pudo contentarse con vestir a su personaje de pastor y hacerlo obrar en consecuencia, sino que hubo de descubrir co-

rrespondencias secretas entre su figura y un mundo puritano formalmente opuesto a su naturaleza.

Así, quizá sea posible entender por qué Chaplin ha sido tan norteamericano y al mismo tiempo no serlo; por qué el accionista y fundador de una gran compañía (la United Artist) llegó a ser considerado elemento subversivo; por qué un individualista romántico y sentimental ha logrado a través del cine una audiencia no comparable a la de cualquier otro creador de este siglo. Empezamos a conocer al hombre cuando nos asomamos a sus contradicciones.

nar esa parte oscura del hombre que es su inconsciente.

Es bien sabido que Jung fue uno de los más entusiastas seguidores de las teorías psicoanalíticas freudianas, pero muy pronto se libró de esta influencia, para formular sus propias teorías. Este pensador original y profundo, al apartarse del campo ortodoxo de la psicología sexual, dedicó su atención a la psicología del espíritu. Jung no consideraba al inconsciente como un fenómeno limitado sólo a la mente del individuo, sino que tenía una proyección universal y colectiva. A Jung le interesaba en especial el proceso de la maduración emocional y espiritual del hombre, y observar la manera como alcanzaba su individualidad.

La *Simbología del espíritu* está dedicada a estudiar los símbolos del inconsciente que se encuentran en un amplio sector de la historia del pensamiento humano, en etapas que podrían denominarse "primitivas", cuando la mente se hallaba más ligada al inconsciente, y no existía una conciencia tan clara como la que poseemos hoy sobre la naturaleza y sus diversos fenómenos. Pero nuestro desarrollo de la conciencia no implica un mayor dominio de las fuerzas inconscientes que el que lograron los antiguos, sino que sucede lo contrario; ahora más que nunca los conflictos neuróticos se han generalizado, al mismo tiempo que ha aumentado la conciencia del mal, y de las contradicciones inherentes a la condición humana. Por esto el interés de los analistas (como Jung y otros muchos seguidores suyos) en descifrar el oculto lenguaje de las figuras mitológicas que no son casi nunca fantasías o divagaciones de ignorantes (como pretendían ver en ellas los espíritus positivistas), sino al contrario, fruto de un gran conocimiento de las leyes que rigen la mente. Los sabios antiguos comprendieron la gran importancia del dominio de las fuerzas misteriosas que movían al hombre, y aunque no lo llamaban inconsciente, sino Satanás, Mercurio, etcétera, sus observaciones son muy valiosas.

Una de las grandes virtudes de Jung fue que, aunque grandemente atraído por los temas de la religión y de la metafísica, supo mantenerse en el terreno de la psicología, y no pretendió dictaminar sobre religión, sino sólo observar su influencia en la mente. Las religiones le causaban un profundo respeto, y reconocía su poder "curativo" cuando eran practicadas con propiedad.

Jung se enfrentó en su juventud con un medio que consideraba charlatanería cualquier intento de interpretar los sueños como lenguaje del inconsciente. A pesar de los años transcurridos desde entonces, en muchos medios intelectuales aún les es imposible advertir que los símbolos religiosos y míticos expresan, si se sabe interpretarlos, la más profunda realidad del hombre, conocimiento que es relativamente pobre a pesar de los avances de la ciencia.

El lenguaje de Jung puede comprenderlo la mayoría del público, y son pocos los términos especializados que emplea. Es evidente que el deseo de Jung de ayudar a los hombres en sus problemas, lo impulsó a buscar un lenguaje no sólo comprensible, sino bello y atractivo.

CALIFICACIÓN: Magnífico.

—C. V.

LOS LIBROS ABIERTOS

REFERENCIA: Alejo Carpentier, *El siglo de las luces*, Cía. General de Ediciones, S. A., México, 1962. 300 pp.

NOTICIA: Alejo Carpentier es tal vez el novelista cubano que mayor sorpresa ha causado entre los públicos lectores de Norteamérica y Europa. *El reino de este mundo* lleva seis ediciones en francés, y *Los pasos perdidos* once ediciones en francés y seis en inglés. *El acoso* causó el mismo impacto. Carpentier también es cuentista y ensayista.

EXAMEN: *El siglo de las luces* es una novela culta que puede leer todo el mundo. Quizá por su calidad se harán traducciones a muchos idiomas. El contenido, que se apoya en documentación profunda y en el estudio de los acontecimientos de la época, encuadra hábilmente acción y forma. El lector puede sentirse atraído por los personajes desde la primera página, porque sus caracteres quedan expuestos sin necesidad de la descripción minuciosa, sin que el autor recurra a subjetividades gratuitas; los tres muchachos (Sofía, Esteban, Carlos) son personajes convincentes, que revelan matices inesperados y a la vez concretos: se sumergen, se desplazan, acometen la vida según sus capacidades y energías naturales e internas; Víctor Hugues, el político astuto, el hombre audaz, el aventurero consciente; Oge, el negro progresista, mezcla poco usual de mago y letrado.

En *El siglo de las luces* Carpentier deja que su imaginación fluya por un río de palabras, pero sin olvidar por un instante que el caudal debe rodear, perfilar a los personajes, a la acción y su escenario. Esto podría ser la intención de su estilo (página 152): "...hallar la Vida en todas partes, balbuciente, retoñando, reptando, sobre rocas desgastadas como sobre el tronco viajero, en una perenne confusión entre lo que era de la planta y era del animal; entre lo verdadero, flotado, traído y lo que actuaba por propio impulso." La relación de los hechos es un alud de instantáneas que se acomodan por sí solas en la mente del lector, que implícitamente puede captar la corriente de pensamientos: Esteban es, al mismo tiempo, el relator y el protagonista. Es parte de lo que sucede, pero a través de la acción va adquiriendo conciencia de su realidad: por sus ojos vemos las Antillas, sus ciudades, sus entrañas, su gente y también el curioso entretejido de ideales y acontecimientos históricos y políticos de la Revolución

Francesa que influyeron en América. Sólo al cerrar el libro (prueba definitiva de que Carpentier domina al lector por medio de la narración: ambición máxima de cualquier novelista) se da uno cuenta de que Esteban es el autor, la conciencia, un hombre perceptivo que apoya sus nociones del tiempo y de los hechos en algo más que en la intervención accidental y pasiva.

Con respecto a los demás personajes, Carpentier logra dibujos completos, prudentes, sin caer un instante en la exageración. Hugues es, ante todo, un hombre de su época. A pesar de que la trama ofrecía un ambiente propicio para recrear figuras excitadas, el político y sus ambiciones (naturales, por lo demás) jamás dejan de ser verosímiles, lógicas. (La forma, por ejemplo, en que Hugues pierde toda capacidad para vivir con plenitud los valores íntimos de su existencia y cómo resulta impotente para retener a su lado a Sofía, descubridora de una nueva y subyugante libertad.)

Aquí Carpentier no es el mismo de sus obras anteriores; sin embargo, sigue siendo una gran figura de las letras latinoamericanas. *El siglo de las luces* es importante suceso en la novelística de nuestro Continente, no porque habla de Latinoamérica (como han tratado de hacernos ver algunas opiniones), sino porque sabe para quiénes escribe: lectores que han aprendido a captar la realidad y el lenguaje del arte a través del ritmo del cine y del periodismo gráfico. Carpentier, conocedor de las letras europeas, sabe que el documento novelado o la novela enciclopédica han perdido vigencia en la actualidad. Por eso nos entrega una novela viva, torrencial accesible.

CALIFICACIÓN: Notable.

—A. D.

REFERENCIA: C.G. Jung, *Simbología del espíritu*. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis. Fondo de Cultura Económica. México, 1962. 352 pp.

NOTICIA: C. G. Jung (1875-1961) nació en Suiza; la mayor parte de su vida la dedicó a la enseñanza de la psiquiatría; autor de unas treinta obras científicas y de numerosos artículos y ensayos.

EXAMEN: En el presente volumen el autor analiza símbolos que se encuentran en los cuentos, en los textos de alquimia y en los mitos religiosos, a fin de ilumi-